

César Vallejo y el indigenismo

Al enfrentarnos con este tema advertimos inmediatamente que resulta difícil abordarlo desde una plena objetividad porque la obra de «el cholo Vallejo» ha venido siendo situada tradicionalmente como un producto indigenista, y suena a inoportunidad el simple hecho de verificar si no hay en esta propuesta algo que roza lo axiomático.

Nadie podría infravalorar el alcance de la entrañable vibración de lo nativo en la obra vallejana, y nada nos complacería más que contribuir a subrayarlo desde estas líneas, pero cabría preguntarse, para empezar, si no se ha hecho en este caso un uso abusivo del determinismo biológico-espacial, al que se atribuye muchas veces una absoluta incidencia en aquélla. Es discutible que la tenga en tal medida. No sucedió así, desde luego, en el de Rubén Darío —exabruptos unamunianos aparte—, a pesar de que en su sangre hubiera no pocas gotas de indio chorotega o nagrandano, y ese solo ejemplo —sin ignorar la diferencia de presión histórico-mítica que hay entre el Momotombo y los Andes— debería bastar para ponernos en guardia.

Otro punto de partida sería, acercándonos a situaciones extremas, plantearnos si el Inca Garcilaso es o no es menos auténtico cuando traduce los *Diálogos de amor* que cuando escribe los *Comentarios*, o si resulta menos fiel a su identidad el Lunarejo del *Apologético* gongorino que el del auto sacramental en quechua, y si se puede conceder, al menos como hipótesis razonable, que ser racialmente mestizo, o serlo sólo culturalmente, significa estar en disposición de moverse entre dos mundos, inclinarse hacia uno u otro, compatibilizarlos, y al hacerlo, poder decir con orgullo como José María Arguedas: «Yo no soy un aculturado».¹ Tanta obviedad viene a cuento de que no es necesario, en nuestra opinión, buscar obsesivamente lo indígena como factor exclusivo en la escritura de Vallejo y que conviene valorar este innegable componente de su obra con mente tan fría como la entrañable expresión vallejana permita.

«En *Los heraldos negros* —ha escrito Fernando Alegría— [Vallejo] anda ataviado con joyas relumbrantes y algo falsas, como un indio frente a un espejo del desván en que halló el cofre abandonado.»² La excelencia y lo sugestivo de la comparación impresionista queda avalada en este caso por un contexto que naturalmente deja apreciar la importancia de determinados modelos culturales. Sería deseable que se tuviera esto siempre en cuenta en casos análogos. Vallejo, como todo poeta, tuvo, además de la del na-

¹ J. M. Arguedas, «Yo no soy un aculturado». *Apéndice a El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Buenos Aires, Losada, 1971, p. 296.

² F. Alegría, «Las máscaras mestizas», en J. Ortega (Ed.), César Vallejo, Madrid, Taurus Ediciones, 1974, p. 90.

cimiento, otra gran patria por lo menos: la de los libros, y fue ésta, en el caso de *Los heraldos* la que brindó en varios momentos a su ávida receptividad, como a otros en la América de su tiempo, los atractivos señuelos del evanescente Herrera y Reissig, y los de los múltiples cultores peruanos del simbolismo, Eguren, Valdelomar y los «colónidas»; tal vez los de Chocano, y otros más (entre ellos, por supuesto, ese «Darío que pasa con su lira enlutada» en «Retablo»).

Nunca disimuló el poeta —y no hubiera sido raro que lo hiciera— su raíz indígena. «Vallejo —escribe Larrea— no se avergonzaba de su ascendencia. Sin complejo alguno se refería a la misma durante su estancia en París.»³ Esta ascendencia puede explicar probablemente muchos de sus rasgos temperamentales bien visibles en su poesía. Así, cabe atribuir a ella su temprana y desmedida propensión a la tristeza. Llama por ejemplo la atención la reacción que en él produjo un acontecimiento tremendamente penoso, sin duda alguna, pero ante el cual la actitud de un adulto suele generar un mecanismo moderador en la expresión y, sobre todo, en la estimación del propio dolor. Nos referimos a la muerte de su madre en 1918. El respeto que merece el comprensible abatimiento del hijo no impide la alarma ante su excesivo alcance, a juzgar por las palabras con que lo refleja:

Yo vivo muriéndome; y no sé a dónde me dejará ir esta vida miserable y traidora. En este mundo no me queda nada ya. Apenas el bien de la vida de nuestro papacito. Y el día que esto haya terminado, me habré muerto yo también para la vida y el porvenir, y mi camino se irá cuesta abajo. Estoy desquiciado y sin saber qué hacer, ni para qué vivir. Así paso mis días huérfanos lejos de todo y loco de dolor.⁴

Descontando cuanto se quiera conceder a la legítima aflicción, obsérvese que hay una desproporción flagrante en la consideración por parte de Vallejo, un joven entonces de 26 años, del efecto que piensa ha de causar en él la situación de orfandad absoluta. Hay un largo camino entre esas palabras y ese «hoy sufro solamente», colofón de uno de los *Poemas en prosa* («Voy a hablar de la esperanza») donde se efectúa un minucioso análisis del dolor que le asedia. En tal camino no le faltó nunca a Vallejo la fidelidad de ese compañero.

Es cierto que la tristeza como atributo del indio es un dato antropológico. La literatura lo ha recogido con justeza. Recuérdense las palabras del joven protagonista de *Los ríos profundos* del citado Arguedas, muy al principio de la novela:

Después, cuando mi padre me rescató y vagué con él por los pueblos, encontré que en todas partes la gente sufría.⁵

Es, en efecto, el sufrimiento el predicado esencial de esta narración tan valorativa del alma indígena, un sufrimiento que no tiene necesariamente que ver con la presencia inmediata de causas de índole externa, sino que descansa de un modo habitual en un inconsciente colectivo (en cuyo moldeado, por supuesto, aquéllas fueron decisivas). Una muestra singular de este fenómeno, porque lo retrotraería a una época anterior

³ J. Larrea, «César Vallejo, poeta absoluto», en *C.V.*, Poesía completa, Barcelona, Barral, 1978, p. 26.

⁴ *Actas de las Conferencias Internacionales celebradas por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba*, Aula Vallejo, núms. 5, 6 y 7, p. 332.

⁵ J.M. Arguedas, *Los ríos profundos*, Buenos Aires, Losada, 1971, p. 19.

a la fractura producida por la Conquista, la encontramos en el drama de Vallejo *La piedra cansada*, donde uno de los esforzados operarios que luchan contra la gran masa rocosa obstinada en no permitir su desplazamiento, al dirigirse a ella persuasivamente incluye entre sus preguntas ésta realmente extraordinaria: «¿Sufres?».⁶

Ahora bien, a partir del luctuoso acontecimiento al que nos hemos referido, la vida de César Vallejo estuvo llena de hechos angustiosos: no hay que decir hasta qué punto lo fue para él la muerte de su padre ocho meses después de la ida del poeta a París. En los años pasados en esta ciudad hasta el fin de su vida conoció muy de cerca y casi sin tregua la mezquindad de las más agudas penurias económicas. La guerra de España le salpica brutalmente como un ácido sobre sus permanentes heridas. Si Neruda la canta con arrebató, Vallejo lo hace desde la aflicción. ¿Hasta dónde, hay que pensar, ante tales circunstancias, en la mera hipersensibilidad del alma indígena y hasta dónde en la natural reacción de cualquier ser humano ante los golpes del destino, «los heraldos negros»? Esto sin contar con el peso de posibles reflejos librescos, como las huellas de Villon que X. Abril ha querido percibir en Vallejo en temas como la pobreza y el abatimiento⁷

Es indudable que por este camino no podríamos llegar muy lejos, o, lo que es peor, llegaríamos tal vez demasiado lejos hasta el extravío. Empezaremos, pues, la búsqueda del indigenismo de la obra vallejana, lejos de la tentación psicoanalítica, apoyándonos sólo en marcados rasgos textuales, y huyendo de las aproximaciones puramente emotivas.

En primer lugar no es en modo alguno superfluo que nos planteemos una redefinición del indigenismo. Desde que Concha Meléndez dejó explícitos el sentido y el itinerario del «indianismo», quedó admitido que el «indigenismo», cuyas raíces se hunden también en las crónicas de Indias era, con el común denominador del tema, justamente lo contrario, es decir, en palabras de Luis Alberto Sánchez, el indigenismo se produce cuando, «después del último tercio del siglo XIX y, sobre todo a raíz de la Primera Guerra Mundial, el tema indio enfoca los conflictos espirituales, económicos y sociales desde el punto de vista de la insatisfacción dinámica y de los aspectos realistas o feos, neonaturalistas, en sustitución a los eglógicos, idealistas y a menudo bellos de los románticos». ⁸ Más recientemente Eugenio Chang Rodríguez lo define como esa modalidad que «se distingue por denunciar la explotación del aborígen, reclamar su plena incorporación a la vida nacional y mostrar la dualidad cultural, la bipolaridad socioeconómica». ⁹ José Carlos Mariátegui apreció, sin embargo, a Vallejo como escritor indigenista, teniendo apenas en cuenta *Los heraldos negros*,¹⁰ lo cual significa que hizo uso

⁶ C. Vallejo, *La piedra cansada*, en «Homenaje Internacional a César Vallejo», Lima, Visión del Perú, 1969, p. 285.

⁷ X. Abril, «La huella de la poesía francesa en la obra de Vallejo», en César Vallejo o la teoría poética, Madrid, Taurus, 1963.

⁸ L.A. Sánchez, «El indianismo literario: tendencia original o imitativa», en Escafandra, lupa y atalaya, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1977, p. 183.

⁹ E. Chang Rodríguez, «El indigenismo peruano y Mariátegui», Revista Iberoamericana, n.º 127, Pittsburgh, abril-junio 1984, p. 367.

¹⁰ Hay que destacar la lucidez de Mariátegui al no perder de vista en su breve análisis que «este gran lírico, este gran subjetivo, se comporta como un intérprete del universo, de la humanidad. [...] Vallejo, desde